

José Constante Bolaños *La Rebeldía Humana en Albert Camus*

El tema de la rebeldía aparece con insistencia en páginas señas de la literatura contemporánea. Hace más de treinta años que don José Ortega y Gasset publicó el libro "La rebelión de las masas", en el que ya intuía certeramente el signo que caracteriza a nuestra época y le confería un sello particular. Transcurre más o menos un cuarto de siglo entre la aparición de la obra de Ortega, en 1930, y el año de 1953, en que Albert Camus publica "L'homme révolté", otra contribución de categoría al tema de la rebelión humana, tema eterno, sí, pero aún vibrante de actualidad.

* * *

Un cuarto de siglo, y más todavía un cuarto de siglo preñado de tantos y tan desconcertantes acontecimientos, sin paralelo quizás en los anales de la historia del mundo, ofrecía ciertamente espacio para la meditación y el afinamiento de perspectivas. Ofrecía, sin duda alguna, la posibilidad para un más ajustado diagnóstico de los fenómenos sociales, un profundizar más hondo en la esencia misma de los problemas hasta llegar a sus causas y raíces últimas, a su más recóndita intimidad.

En este aspecto parece sintomática la distancia que separa a Camus de Ortega, el camino recorrido entre sus respectivos planteamientos: la masa rebelada, como fenómeno sociológico, encuentra su radical sentido en el hombre en rebeldía, en la suma de hombres rebelados que integran la masa y aportan a ella la contribución de su individual rebelión. La rebelión de la masa sólo puede encontrar, en definitiva, su más honda y auténtica explicación en el hecho de la personal rebelión del hombre. La gran revolución humana del siglo XX tiene como germe y principio frontal una raíz teológica.

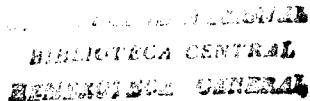
Ya se ha planteado en más de una ocasión el problema de la medida en que la tecnificación del mundo moderno ha alterado las relaciones del hombre con Dios. Durante milenarios la Humanidad se sintió inerme frente a las fuerzas de una Naturaleza poderosa, que no podía manejar a su antojo ni someter a su voluntad. En tal estado los sentimientos de dependencia surgían espontáneos en el "homo naturalis" y creaba en él una conciencia de supeditación ante realidades externas y superiores, que predisponía a una actitud religiosa, incluso en el plano meramente natural.

Los datos de la experiencia próxima aparecen a los ojos del hombre medio de hoy, radicalmente trastornados. Dominador de la Naturaleza, se siente señor del Universo, penetrado de una conciencia de superioridad, de seguridad en sí mismo, que le invita a rechazar cualquier idea de supeditación. El hombre de esta segunda mitad del siglo XX, nuestro "homo technicus", no se siente espontáneamente incitado a una actitud natural religiosa. Los viejos estímulos han desaparecido, se han desvanecido los dioses que su antepasado adoró y que ante sus ojos de hoy aparecen sólo como fantasmas vanos. Aque-lllos mismos hechos y realidades que sugerían una actitud natural religiosa en el hombre de ayer, han perdido eficacia persuasiva para muchos hombres de hoy. Y la realidad suprema, el verdadero Dios —"Deus absconditus"—, aparece celosamente velada a los ojos de un hombre enfermo de ceguera de espíritu, de un hombre poseído de sí, sabio y prudente, que no puede aspirar a la revelación de los secretos divinos, reservada a los párculos, a los humildes, según el evangelista.

* * *

El hombre en rebeldía es un ser que se niega a adorar. Ha sacudido el yugo de la Divinidad, ha roto sus ataduras. El gozo de su liberación lo condensa Sartre en el grito exultante de Goetz, el personaje de "Le diable et le bon Dieu": "Dios no existe. ¡Alegria! ¡Lágrimas de alegría! ¡Aléluia!". El hombre puede sentarse a sus anchas en el trono de Dios. Su ataque no se dirige contra un dogma o contra todos los dogmas. No tolera siquiera un vago deísmo decimonónico. El pecado actual del mundo —escribía el cardenal Suhard— es, como en el Antiguo Testamento, la idolatría, bajo la forma hoy de idolatría del hombre.

"Et eritis sicut dii..." Las viejas palabras del tentador han cobrado nueva actualidad. El hombre en rebeldía ha vuelto a escucharlas y le han complacido, han sonado dulcemente a sus oídos. Gide le estimulaba a no rechazarlas y a ver en esta oferta, lejos de una sugerión engañosa, una posibilidad de salvación. El hombre rebelado adivina en ella la coronación de su obra. Ya él no adora a Dios ni a los dioses. Libre de yugos y ataduras, emancipado de toda supeditación a cualquier realidad superior, solo a él pertenecen el señorío y la gloria. ¿Qué le falta ya para convertirse en el mons-



trío paulino, en aquel misterioso “hombre de iniquidad, el hijo de perdición que se alza contra todo lo que se dice de Dios o es adorado hasta sentarse en el trono de Dios y proclamarse Dios a sí mismo”?

* * *

Albert Camus debe ser considerado como uno de los hombres representativos de nuestra época. Era él un pagano, de un paganismo anterior a nuestra Era. El mensaje cristiano le había sido desde la infancia totalmente ajeno. Era el producto de una sociedad radicalmente secularizada. Como otros muchos hombres de su generación, había nacido en tierra extraña, país de misión donde no se había predicado el Evangelio. No era hijo pródigo, puesto que nunca había conocido la casa paterna.

“L’homme révolté” tiene, sin embargo, el mérito de la sinceridad y de la lucidez del planteamiento. Camus, hombre de su tiempo, sintió en la propia carne toda la angustia de nuestro mundo de hoy, la ansiedad del hombre en medio de una masa humana en rebeldía. Su tragedia es la soledad, a la que se ha visto abocado por su propio encumbramiento.

El siglo XX ha presenciado las grandes revoluciones liberadoras del hombre: el asesinato del rey y el asesinato de Dios. Nada existe ya por encima de él, ningún orden superior puede imponérsele. Pero en esta soledad reside justamente el drama de nuestra época. El hombre se halla solo y se siente desamparado, inseguro.

Todo el siglo XX se halla dominado, a los ojos de Albert Camus, por un problema capital, de vida o muerte: cómo vivir sin la Gracia. ¿Es factible alcanzar una “securitas”, realizar un orden humano tolerable al margen de lo sagrado? ¿Cabe evitar, tras el abandono de Dios, que la Humanidad se precipite en la revolución abominable y asesina? La angustia de Camus no era otra cosa, no es otra cosa que la angustia del hombre secularizado del mundo de Occidente. Su apostasía es tan radical como la del comunista de Oriente, pero siente miedo, miedo a las mismas consecuencias de su obra, miedo a su soledad en la Tierra, miedo a su propia condición humana, a que ésta, abandonada a sí misma, pueda reducirle a una espantosa tiranía, la tiranía de los pueblos de Oriente, que esclaviza y mata.

El hombre en rebeldía tiene miedo del hombre. Dominador del universo, emancipado del temor de Dios, libre también del temor a las fuerzas de una Naturaleza subyugada, el hombre del siglo XX se siente aterrado ante aquello que la naturaleza humana es capaz de depararle. Sabe que en la mano del hombre se encierran energías susceptibles de provocar catástrofes de proporciones planetarias, la destrucción incluso de la Humanidad que puebla la tierra. Inglaterra y Estados Unidos se estremecieron un día ante la proyección de un cortometraje de dibujos que pintaba el aniquilamiento del mundo por un arma misteriosa, un apocalipsis en siete minutos provocado por artificio humano.

Al hombre del siglo XX le aterra, sobre todo, la capacidad de mal de la naturaleza humana rebelada. Sabe que el hombre posee ese poder de destrucción y que no existe freno capaz de garantizar que un día no hará uso de él. La gente teme, y no le falta razón, porque el hombre en rebeldía, que rehusa adorar, abdica de su misma condición de hombre. "No nos engañemos: el hombre sólo puede ser hombre ante Dios. Aquí se decide todo. Si abandona la línea de la adoración, abandona su condición de hombre. Se pone en grave peligro. Puede hacerse peor que un animal, pues el animal es lo que según la Voluntad de Dios debe ser, y él, en cambio, se hace un hombre extrañado. Se convierte en demonio. Vemos que es verdad que hace cosas ante las cuales cabe preguntarse cómo es posible que puedan darse en un espíritu humano". Los frutos de la naturaleza humana en rebeldía son la esclavitud y el aniquilamiento. El hombre del siglo XX se siente penetrado de inseguridad.

De ahí el ansia de "securitas". La Humanidad pide garantías frente a sí misma, frente a su capacidad de aniquilamiento y esclavización, anhela una seguridad que tutele la paz, una "pax per secularitatem". Cuando las naciones hubieron de bautizar el organismo que en las Naciones Unidas avizora los posibles conflictos y monta guardia para evitar que el chispazo provoque el incendio, no encontraron otra denominación más apropiada que la de Consejo de Seguridad. Su misión es salvaguardar la paz a través de la seguridad. Pero, ¿es bastante esta "pax per securitatem" para la angustia de la humanidad de nuestro siglo? Frágil, demasiado frágil y precaria resulta esa paz, que no es la paz de Cristo que el mundo no puede dar, que no es la paz angé-

lica reservada a los hombres de buena voluntad, inseparable de la gloria de Dios, que el hombre en rebeldía rehusa dar. Quebradiza y preñada de funestos presagios parecía a San Pablo esta "pax per securitatem".

De espaldas a toda idea de trascendencia, reducido al plano puramente terrenal, el hombre en rebeldía trata de descubrir un sentido a su vida, una razón a su existencia. Se siente juguete del azar, envuelto en el absurdo. A su interrogante ansioso, Sartre responde brutalmente, sin dejar cabida a la ilusión: "El hombre es una pasión inútil". Camus, en un intento desesperado, se esfuerza por infundir un sentido a esa errante peregrinación terrena. "Le Mythe de Sisyphe" resucita la vieja fábula griega y hace de Sísifo la personificación del hombre contemporáneo. Sísifo tenía que llegar hasta la cumbre de un monte excelsa un enorme bloque de piedra. Cargado con él ascendía penosamente a la montaña, y cada vez que llegaba a la cima la piedra se escurría entre sus manos y rodaba hasta lo más hondo del valle. Su trabajo era un eterno recomenzar, sin conseguir alcanzar jamás el coronamiento de su esfuerzo. El trabajo de Sísifo no tenía fin.

* * *

Albert Camus hizo de Sísifo la imagen del hombre de hoy. Su existencia terrena, la única existencia para él, se consume en ese inacabable fracasar. Pero Camus no quería dejarse abatir, rechazaba la tentación del definitivo pesimismo y buscaba aferrarse a una posibilidad de salvación. El hombre ha de rehusar creer en su desgracia, descubrirá en ella fuente secreta de felicidad y de gozo. "Es preciso imaginarse a Sísifo dichoso", escribió.

No es posible contemplar sin simpatía el intento de Camus ni dejar de admirar la nobleza, el valor humano que encierra. Era un esfuerzo, es un esfuerzo por eludir las últimas consecuencias a que fatalmente conduce la rebelión humana, la caída en el abismo del absurdo y de la desesperación. Pero, por desgracia, se trata de un esfuerzo estéril, condenado al fracaso inexorable. El hombre reducido a la condición de Sísifo no puede ser feliz ni hallar en ella una razón que dé sentido a su existencia. La descarnada respuesta sartriana es, por lo menos, más realista que el generoso intento de Camus. Sísifo dichoso no puede tener existencia real: es producto de la imaginación, pero no pasa de ahí. Sísifo dichoso es una utopía.

Si Camus hubiera alcanzado a superar su radical limitación, si hubiese rebasado su paganismo precristiano, quizá habría descubierto, entonces sí, un sentido en Sísifo, tal vez se le habría revelado al fin el único Sísifo capaz de un sentido, el Sísifo cristiano. Sísifo, cuya carga no es losa aplastante, cuyo trabajo no es pena irremisible de forzado. Sísifo dichoso, porque su yugo es suave y su carga ligera, porque en su corazón alienta la esperanza, porque su peregrinar terreno sigue el Camino, y el Camino conduce a la Verdad y la Vida.

“Et eritis sicut dii...”. El hombre en rebeldía ha agotado su ciclo. Tras su endiosamiento le hallamos reducido a la miseria, mendigando de la tierra un poco de seguridad y de dicha, un poco, que con poco se contenta y pobre es la limosna que puede darle la tierra. De espaldas al cielo, el hombre en rebeldía ha quedado reducido a la triste condición del “animalis homo”, “incapaz para percibir las cosas que son del Espíritu de Dios”.

Pero por grande que sea su bajeza, por muy lejano que sea el desierto en región ingrata y extranjera, como al pródigo de la parábola, todavía le queda abierto el camino del retorno, la decisión salvadora de renunciar a las bellotas de los cerdos y volver a comer el pan de los hijos de la casa paterna, la casa que está abierta para todos, incluso para aquellos que jamás salieron de ella. Pero esto *fue* lo que Albert Camus no pudo comprender a tiempo...